

JOSÉ JAVIER VILLARREAL

Sólo hace falta la paciente y continuada emoción de la observación, saberse parte de un todo vivo e indomable; ese perfil de lo moderno que arranca del siglo XIX, pero de un siglo XIX cifrado por el genio incorruptible del romántico, ese ser puro e inocente —terrible en sus consecuencias— que se sabe en el centro exacto, ya sea del día o de la noche. Criatura que se reconoce a merced de sus iguales, y con ellos anda y camina como un Lázaro resucitado que no se sacia en su asombro, en su visitación constante. El misterio, el mundo que lo rodea y nos rodea, la lengua que no es su patria —lo afirma en un contundente poema—, pero, sin embargo, lo define, lo alimenta y cobija. Hay una tradición que obedece a un cuerpo memorioso que se remonta a una épica lusitana, a una lírica seiscientista, a un siglo XVIII pletórico de planos y recovecos, de florestas y jardines; están los poetas arcádicos, después los románticos, los parnasianos y simbolistas; también los precursores del modernismo —los san Juan Bautistas—, los modernistas —propriadamente dichos, los “heroicos”— y los posmodernistas, los de la década del 30. Es clara la presencia de Manuel Bandeira en esa sencilla complejidad, en ese discurso cotidiano que revela lo otro, lo que no se ve y apenas se sugiere; Murilo Mendes con su erotismo celebratorio, casi religioso, y su visión naíf del mundo, cercana al Aduanero Rousseau, que nos cautiva por su fuerte poder de seducción y comunión; el humor contundente y la inteligencia precisa que en su combinación lo aproxima al poema-minuto de Oswald de Andrade, pero también el poema-río que fluye pesado y denso, sentencioso, brillante en sus hallazgos, meticoloso en su logos, que lo acerca a lo emprendido y conseguido por Mário de Andrade. Pienso en su hermoso y sabio poema que es “La meditación del Tietê”, y en ese, también, hermoso y sabio poema que es “Finisterra”, de Lêdo Ivo, quien naciera el 18 de febrero de 1924 en Maceió, estado de Alagoas, Brasil.

Y de Lêdo Ivo es de quien estoy hablando. Uno de esos poetas que pintaron su raya y enfocaron una perspectiva crítica y contestataria con respecto al canon vanguardista del 22 y al movimiento de “poesía de exportación” que significó el concretismo de los

años 50. No hablo de una Generación del 45, que sí la hubo, baste revisar la *Antologia da nova poesia brasileira* preparada por Fernando Ferreira de Loanda en 1970 y publicada por *Orfeu*, editora que inició como revista donde Lêdo Ivo fue parte del grupo fundacional; cabe decir que el dibujo de la portada es de su autoría. Sino de un espíritu de independencia que privó y definió obras tan personales y propositivas como las de Joao Cabral de Melo Neto, del propio Lêdo Ivo, de Mário Faustino —en su breve desarrollo— y de Ferreira Gullar; poetas —hoy— imprescindibles y fundamentales junto con Haroldo de Campos, que se nos han convertido en faros, antenas, de la segunda mitad de nuestro siglo XX que nos guían e iluminan por las escabrosas y oscuras veredas de nuestro recién inaugurado siglo XXI.

Lêdo Ivo pertenece a ese sesgo de la poesía brasileña que resistió toda posible agrupación. Ya Manuel Bandeira, saludando a los concretistas en 1966, decía: “La generación del 45, pobrecita, tuvo poco tiempo para brillar en la cresta de la ola. La verdad es que no tenía un mensaje colectivo que comunicar: tiene sus poetas, uno que otro gran poeta en vía de realización” (Bandeira apud. de Campos; 2004: 51). Y vaya que se realizaron, y se realizaron con creces y se convirtieron no en cresta de ola sino en la ola misma y en océano dador de portentos y milagros. Una prueba, sin duda, de esa esencia oceánica, de ese regreso a Ítaca, de ese poner las cosas en claro, es *Réquiem*, de Lêdo Ivo, poema que viene a coronar esa parcela dilatada de su hacer poético, ese canto continente donde podríamos ubicar la *Oda ecuatorial* y el ya citado “Finisterra”. Sin embargo, a lo largo de su obra, hay ínsulas, ventanas, de gran aliento que forman archipiélagos expresivos que conectan entre sí el corpus todo de su quehacer lírico. Pero vuelvo al comienzo de esta historia, a los orígenes de mi deuda con Lêdo Ivo. Entonces accedo a la dimensión, no de los libros fundacionales, sino de los poemas fundacionales, ya que mi encuentro con la obra del poeta, a principios de los años 80, fue en antologías y traducciones que les debemos, primero, a Carlos Montemayor, y, luego, a Maricela Terán. *La imaginaria ventana abierta*, de 1980, y *Las islas inacabadas*, de 1985. Posteriormente vino a sumarse esa incitación, por su brevedad, que viene a ser el cuadernillo *Las*

Celebrando

NUESTRA POESÍA DE LÊDO IVO

a Fernando Ferreira de Loanda, in memoriam.

¿Qué nos dice el poeta en su asombro continuado, en esa exclamación desplegada que es su obra? Esa obra que es el trazo preciso de su vida. La inocencia y la experiencia; la experiencia de la inocencia y la inocencia de la experiencia. Esas puertas de la percepción a las que urgía abrir William Blake, ese paisaje del alma que se regodea en los goces sensoriales, ya que la inteligencia y el conocimiento son también instrumentos de un todo sensorial, de un ser al que la realidad o las realidades se le desdoblaron y revelan.

pistas, en traducción de Stefan Baciú y Jorge Lobillo, de 1986. Lêdo Ivo se convirtió, para los poetas mexicanos de mi generación, en una presencia insustituible, en una fuerza imaginativa y evocadora cuya belleza fue el acicate, la provocación; imposible leer sus poemas sin sufrir la aleccionadora y ejemplar punzada de la pasión, del padecimiento creativo, esa fórmula precisa que es la memoria y el olvido, las huellas de lo eterno: “lo fugitivo (que) permanece y dura”, por citar a Quevedo, un poeta que le resulta caro a Lêdo Ivo (Quevedo, 1982: 67).

Estoy hablando del rendimiento, de una capacidad de visionar que nos traspasa, nos obliga a contemplar la realidad sin ninguna cortapisa, tal cual es; a un realismo agónico que nos hace recobrar nuestra capacidad de asombro, de vergüenza, de indignación y de amor; que nos presenta bajo la gracia de lo otorgado. Poemas como “Los pobres en la estación de autobuses” o “Los murciélagos”, sólo por citar dos ya clásicos dentro de la extensa obra de Lêdo Ivo, son cuadros que no sólo se conforman con que los veamos, sino que exigen que los habitemos, que seamos parte de ese paisaje extremo repleto de humanidad. Palabra, ésta última, cuyo sabor, peso y gravedad es difícil apartar de esta obra.

Sophia de Mello Breyner Andresen decía que la poesía no explica, implica. La poesía de Lêdo Ivo nos implica con la vida, con el río de la infancia que no se ha de cantar, con esa oveja negra que pasta en medio del blanco rebaño del cuerpo de la amada, con Josefa que recogía —puntual— mangos maduros y no tenía —es obvio— nombre de fiesta; con esos barcos fantasmas comidos por el tiempo y el orín que se pudren en una zona entrañable y misteriosa entre la tierra y el mar. El asilo Santa Leopoldina y sus habitantes que nos rondan, infatigables, a toda hora; los obreros de Ámsterdam que, con sus bicicletas, jalan la noche; el hombre que ama de rodillas e ilumina su noche en el cuerpo de la amada; esas nerviosas y desconfiadas tilapias que no nos revelan su profundo secreto, la perra que va por la calle seguida de su cortejo de perros y nos evidencia “que el amor es una pasión inútil, una puerta cerrada.” (Ivo, 2008:127) Las viejecitas de Chicago que entre gallinas y churrascos, al tiempo que algo se chupan del diente, alcanzamos a oír; ese leñador envuelto en un invierno que al llegar a la cocina caliente como una hoguera o la blanca lechuga que desde la rama de un árbol de nuestro jardín vigila ese

mundo de belleza y comunión que tantos ojos cerrados ignoran cada noche; la presencia-ausencia de dios que, como el espíritu sobre las aguas, flota a lo largo de esta obra. Ese espacio físico cuya geografía humana se levanta en cada verso, en cada estrofa, en los silencios mismos que cargan de emotividad lo cantado y, por lo mismo, celebrado.

No hay límites, no hay terreno vedado, tampoco hay fórmulas; hay formas, maneras que se entregan a la emoción: pareados, tercetos, sonetos, odas desbocadas, elegías que nos arrebatan y jalan violentamente, poemas en ese aparente verso libre que se debe a la frase melódica que marcan los acentos, los compases, las repeticiones, los patrones atentos a un oído finísimo que se despoja de todo oropel, de toda impostación; y quizá, siguiendo a Mallarmé, todo se deba a una simple respiración, a un lenguaje hecho cuerpo que no para de danzar. Es decir, hay una fiesta donde la urgencia expresiva lleva la batuta de un concierto que, al paso de los años, de esa inocencia conquistada y ferozmente defendida, nos acompaña y habita. “La poesía, no nos olvidemos nunca —nos advierte el propio poeta—, es un arte.” (Ivo: 9) Y ya antes, en la presentación de la ya citada *Antologia da nova poesia brasileira*, Adonias Filho escribía como un principio rector de los poetas agrupados bajo el marbete de “La nueva poesía brasileña” (léase Generación del 45) lo siguiente:

Por encima del compromiso inmediato, moral o dialécticamente reflejado, lo que preocupa es el verso al servicio del poema y el poema al servicio de la poesía. Sea el vehículo de las percepciones y entendimientos para el ser, el mundo y la vida —en el abordaje del misterio, en el descubrimiento de lo interior, en la captación de realidades—, el plano mayor se restringe al lenguaje y al ritmo en equilibrio a través de la invención o reinención. Es la imaginación, base de la problemática, aquella “imaginación poética” que tanto interesó a los críticos de Keats y Rimbaud, que la ponen fuera de la dimensión de las fórmulas, cálculos, discursos y manifiestos. No hay un dogma o una ortodoxia poética precisamente porque, si es tan extenso el espacio, todos los caminos caben en el movimiento. (Ferreira de Loanda apud. Filho: 1970: 15)¹

¹ La traducción es mía.

Más que un principio o un postulado de grupo se trataba de una conciencia del hacer poético donde la imaginación lírica se subrayaba como el detonante para emprender una aventura exploratoria cuyo objeto de estudio —parafraseando a Ezra Pound, con respecto a la literatura como ciencia— es el hombre. Cabe señalar, y creo que el dato es por demás significativo, que nuestro poeta tradujo *Una temporada en el infierno* y las *Iluminaciones* de Arthur Rimbaud en 1957. Es decir, en pleno apogeo del movimiento concretista; es como si el poeta nos estuviera hablando desde otra orilla.

La poesía de Lêdo Ivo se nos ha ido convirtiendo en un accidente de vida, en un interlocutor con quien poder dialogar, pero también en una entidad, en una suma lírica que conviene, las más de las veces, escuchar con un respetuoso y amoroso silencio. Es que se trata de seres, entidades —como ya apuntábamos— que nos acompañan, sujetos que dejamos de ver por algún tiempo, pero que de vez en vez recordamos y reencontramos con sumo placer. Los clásicos son aquellos textos que nos emocionan y forman parte de nuestra vida, de nuestra estricta individualidad. Podemos coincidir con los clásicos del vecino, pero tanto los de él como los nuestros están fuera de toda posible discusión. Los clásicos no sólo nos acompañan, sino que nos hacen ser quienes somos. En 1990 apareció *La moneda perdida* en traducción española de Amador Palacios. Hubo sorpresas y felices reencuentros. Ahí estaban esos nuestros clásicos poemas de Lêdo Ivo, es obvio que con otros acentos y giros lingüísticos, sonriéndonos y dándonos los ángulos y facciones de un rostro que ya no podíamos confundir. La obra del autor, con base en esas antologías y selecciones, se iba erigiendo como un sólido universo literario y nosotros, obviamente, éramos sus rendidos lectores. Pero esta poesía se desata desde muy diversas entretelas. Hay una amorosa y minuciosa atención por los seres y las cosas, por lo que fue, por lo que pudo ser, por el presente, por lo que sentimos y padecemos como presente, y por lo que imaginamos y esperamos como futuro. La cebolla de Lêdo Ivo no cesa de entregarnos sus hojas, sus impresiones, las huellas de un transcurrir por la vida; esa carga de humanidad, que es decir poesía, que se delata en sus versos, en esos poemas extensos, recapitulatorios y enumerativos y en esos otros breves donde la impresión del gamo sobre la

nieve siempre apunta a un paraíso aquí en la tierra desde donde sentir el amor que mueve las estrellas, como dice en un poema rindiendo un homenaje al autor de la *Comedia*. Estamos aquí y allá, detrás o enfrente “de la imaginaria ventana abierta”, viendo y sintiendo en una simultaneidad de planos, en una creciente avalancha de imágenes que potencian nuestra capacidad de asombro. Todo empieza a cobrar su justa dimensión y la materia, lo cantado en el poema, se nos vuelve sujeto, posibilidad de encuentro y reconocimiento en el cruce de miradas, en la tremenda imantación del campo magnético que es el poema.

En el 2006 apareció *Mía patria húmeda*, selección, traducción y nota de Jorge Lobillo. Lêdo Ivo no sólo nos era un poeta familiar sino un autor altamente esperado. Las ediciones se sucedieron y en este año de 2008 han aparecido dos libros suyos que nos ofrecen un mayor conocimiento de su obra: *Poesía en general (antología 1940-2004)*, traducción y prólogo de Rodolfo Alonso y *Réquiem*, con prólogo de Eduardo Langagne y traducción de Jorge Lobillo. Los dos libros editados en la Colección Alforja y el primero con la colaboración de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Lêdo Ivo, como ya quedó asentado, es un autor que los poetas mexicanos venimos leyendo y gozando desde principios de los años 80. Nos hemos expuesto a su saludable influencia y le hemos aprendido todo lo que nuestra capacidad nos ha permitido. Es una poesía, la suya, que nos seduce con su imaginaria y nos acompaña con su fuerte carga sentimental, no exenta, como toda carga, de cierto humor y cierta necesaria ironía que le otorgan, todavía más, ese profundo gesto de humanidad, ese temblor que nos produce su lectura y esa nitidez con que la realidad se nos descubre al cerrar cualquiera de sus libros. Y ante eso sólo nos resta el agradecimiento 🙏

Bibliografía

- De Campos, Haroldo (2004). *Brasil transamericano*. Traducción y prólogo de Amalia Sato. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Filho, Adonias. “A nova poesia brasileira”, en Ferreira de Loanda, Fernando (1970). *Antologia da nova poesia brasileira*. Rio de Janeiro: Edicoes Orfeu.
- Ivo, Lêdo (2008). *Poesía en general (antología 1940-2004)*. Traducción y prólogo de Rodolfo Alonso. Monterrey: Colección Alforja-Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Quevedo, Francisco de (1982). *Antología poética*. Prólogo y selección de Jorge Luis Borges. Madrid: Alianza Editorial.